

Disquisiciones en torno al COVID-19: Alteridad y síntoma.

AUTORES

Elia Gloria Arriaga Bayardi, Cesar Edgardo Medina Castañeda, Omar Ramírez Moore, Ma. Antonia Reyes Arellano.

Psicoanalistas CPM



Covid-19 es ya, el nombre de un fenómeno determinado por un momento donde la incertidumbre, el miedo, la desesperación y la angustia acampan ampliamente en la subjetividad. El análisis de las circunstancias actuales no limita el discurso psicoanalítico, más bien lo impulsa a extender todos sus recursos conceptuales y metodológicos en torno a un suceso que excede. Porque el virus, ente microscópico que parece inexistente, no habita entre tubos de cristal ni en las condiciones asépticas de un laboratorio. El virus se encarna en la piel; la habita en los salones de la subjetividad.

Amparado por un *modus vivendi* en que el hombre se halla dispuesto, el virus se ampara a la sombra de un modelo capitalista y de relaciones sociales que configuran una manera de ser en el mundo. No es el virus como entidad vírica entre la frontera de lo animado e inanimado, el virus existe en una subjetividad acomodada a una disposición de ser y estar en el mundo, y eso el nuevo Covid ha logrado trastocar, y se corona en el territorio del *habitus*, en ese origen de relaciones,

instituciones, lenguajes y subjetividades que refuerzan la cultura y las relaciones sociales.

Y donde Covid impera, es en un cuerpo sometido invariablemente a la subjetividad. El territorio de su dominio es un cuerpo, y el poder que ejerce se halla en la alteridad. El otro necesario para el yo mismo, se vuelve enemigo, se vuelve peligroso. La distancia promovida como elemento protector ante la infección, es una distancia entre los cuerpos, un alejamiento del otro y una privación de la alteridad.

Artaud escribió: *Je suis un autre*. Yo soy un otro. Lo que cabría también para decir Yo soy con el Otro. El Yo-Tu que pregona Bubber implica una postura del dialogo y del encuentro, de la posibilidad de ser ante y con el otro. Y el discurso actual parece ser: no al otro. El otro que enferma, o el otro que

puede ser enfermado. El otro necesario en mi relación para conmigo deviene enemigo.

El otro es quien puede depositar ese ente virtual, que parece habitar solamente en la fantasía, en mi cuerpo que resulta real. El otro enemigo se manifiesta en las formas vistas en los medios masivos, en la violencia o ataques al personal de salud. Pero también en el abandono, el vacío, la soledad y la constante falta de información. Los enfermos se van, envueltos en una celda de plástico y vuelven en un féretro de madera, envuelto en más plástico con el temor de lo que pueda hallarse ahí, escape. Quizás no un patógeno. Quizás el peligro de que aquel que yace aún tenga la fuerza de dañar.

Los discursos amo-médicos, que oportunamente proponen las condiciones para la salvaguarda de los cuerpos, parecen ignorar, aunque no deliberadamente, que la



condición para la salud no se halla solo en la química, la física y la biología de los cuerpos. La salud es historia, presencia y vínculo. Tanto daño hay en un virus que debilita la carne, como en el vacío que hay entre dos sujetos que no hallan el modo de encontrarse. Quizás por eso los repuntes en las cifras que anuncian los medios, pues un individuo puede dejar a un lado la prescripción o su medicación, pero no su relación con el otro, aun si éste porta en sí, aquel virus coronado que reina sobre la carne y que impera sobre la alteridad.

Volveremos a abrazarnos, se escucha en los mensajes optimistas de amigos y en aquellos que hay tenido que separarse de una realidad acostumbrada y ausentados de un *habitus*. Volver es un verbo que implica un sentido retroactivo. En los próximos meses, veremos que no se puede volver en el tiempo sin retroceder a aquello que puede resultar innecesario. Pero la llamada de esperanza de ese volver, expresa la necesidad de configurar las formas necesarias para que el encuentro con el otro no se diluya en biopolíticas de control de la alteridad. En efecto, el virus se corona en la alteridad, pero el otro no es un enemigo.

Tebas en la piel del miedo o lo que la epidemia dice del sujeto

La cohabitación global con la epidemia, desnuda la realidad de la finitud, los fantasmas y los mitos individuales. Suerte de *invasores* que acarrear innumerables malogrados intentos por saber, hasta la intoxicación, *to-do* del código del virus *hasta el vicio*. Las perlas de miedo de ese corona, desviste un insoportable: la vulnerabilidad de la vida justo cuando tal realidad, impalpable pero visible por todos los medios y minuto a minuto, se adueña fatalmente para la propia cuando mueren personas lejanas o próximas. Y

ocurre la irrupción del miedo, como en Tebas, allí donde “*el dolor llega sólo a cada uno en sí mismo y a ningún otro*” (Sófocles, p. 3).

¿Qué puede la epidemia decir del sujeto?

En aquella mítica ciudad y unidos por la amenaza de vida por la peste, la multitud suplica a Edipo Rey “levantar con firmeza la ciudad” (Sófocles, p. 3).

La ciudad como tú mismo puedes ver está demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida (...) la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflige la ciudad. Odiosa epidemia, bajo cuyos efectos está despoblada la orada Cadmea (Sófocles, p. 2-3).

Así, ante la multitud como testigo, Creonte, que el recién coronado Edipo Rey había enviado a la morada Pítica de Febo para saber proteger al pueblo, llega crucialmente a escena con la condición que Febo exige comprometiendo dramáticamente lo íntimo no-sabido del rey. El remedio para saber “cómo hacer o decir para proteger esta ciudad” (Sófocles, p. 3), para librar a todos y para cada cual en sí mismo de tal adversidad que se esperaba del vocero de Febo, sacará a la luz el descubrimiento des-nudo de sí mismo al develarse asesino de Layo primero e incestuoso después.

Las exaltaciones del miedo

Edipo a Creonte: “Habla ante todos, ya que por ellos sufro una aflicción mayor, incluso, que por mi propia vida” (Sófocles, p. 4). Y el vocero, en memoria de su victoria sobre la cantora: “Sé nos también igual en esta ocasión. Pues, si vas a gobernar esta



tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que vacía” (Sófocles, p.3).

En nuestro tiempo clamores – de voceros, mensajeros, sacerdotes de todos los templos, los sedientes con incertidumbres– con diversos temperamentos por una rectoría plena de ideales. En la Tebas de Edipo “llena de incienso, a la vez que de cantos, de súplica y de gemidos” (Sófocles, p. 2); las nuestras, henchidas de enfados y exaltaciones, exasperados gritos de miedo, unidos en vocerío por un Creonte, ¡Que hable, que diga! un Tiresias que sepa de la cura tebana, de la identificación del culpable, de formulas de pruebas, de aguas milagrosas o vacunas de esperanzas. En suma, del Febo de la revelación de la peste moderna que venza la profetizada muerte en el contagio generalizado.

La especie humana, no puede soportar tanta realidad

Es una expresión de Thomas Becker que Hadjadj (2020) ilustra, para el caso, una realidad: la visibilidad de la amenaza posible e imprevisible de muerte por la enfermedad del Covid actual. La avidez del miedo que asalta al sujeto –como el virus, impalpablemente al cuerpo por cierto– y la visibilidad de la finitud

cuando ve la de los demás, o piensa la propia en su calidad in-soportable, encapsula otro *real*, pero éste de las magnitudes que enseña la doctrina lacaniana.

No soportar vuelve vulnerable a todo sujeto. Y como *peau de la peur* explota en síntomas psíquicos. Es el caso de Hortencia que ha bajado de peso durante el confinamiento. Tanto ha escuchado sobre los riesgos en los diabéticos a su edad que ha optado por un claustro draconiano; durante éste, estalla el imaginario de muerte para quienes ama: esposo, hijos, nietos y para ella misma hasta la obsesión.

La compañera de todo lo vivo es la finitud. Y la enfermedad del Covid en su calidad de pandemia masiva, delata la insoportable fragilidad de la vida como espectro invisible, poderoso y como fantasma que esconde otro. El interés que suscita –por

falta de fantaseadas certezas– en los debates mediáticos, sociales, técnicos, médicos, epidemio-lógicos, políticos, estadísticos, familiares incluso o religiosos, inunda viralmente la vida colectiva e individual como signos y como actos repetitivos hasta la intoxicación. Delata también lo que no logra significarse de los enigmas generales del Covid como los que el sujeto despliega en sus miedos y angustias sintomáticas de caos.





La realidad ancestral de la muerte en todos los humanos, crece más en situaciones de pestes a causa del factor acelerado de muerte de los habitantes, ingrediente ominoso del evento pandémico.

La insoportable vulnerabilidad de vida, como espectro invisible y de inminente peligro de extinción, des-nuda también los fantasmas individuales. Y el miedo asalta al sujeto como real. Hortencia siente miedo de contraer la enfermedad por Covid, miedo por tanto de sí y de otros como posibles bombas de tiempo contagiosas. Miedo de todo y de todos.

En los versos de Sófocles, de la Estrofa 2^a, el coro:

¡Ay de mí! Soporto dolores sin cuento. Todo mi pueblo está enfermo y no existe el arma de la reflexión con la que uno se pueda defender. (...) Y uno tras otro, cuál rápido pájaro, puedes ver que se precipitan, con más fuerza que el fuego irresistible, hacia la costa del dios de las sombras (Sófocles, p. 6).

Y en la Antístrofa 2^a:

La población parece en número incontable. Sus hijos, abandonados, yacen en el suelo, portadores de muerte, sin obtener ninguna compasión. Entretanto, esposas y, también, canosas madres gimen por doquier en las gradas de los templos, en actitud de suplicantes, a causa de sus tristes desgracias. Resuena el péan y se oye, al mismo tiempo, un sonido de lamentos. En auxilio de estos males. ¡Oh dura hija de Zeus!, envía tu ayuda de agraciado rostro (Sófocles, p. 6).

De las transgresiones a las epidemias.

El origen de la peste en Tebas tuvo como origen la transgresión fundamental desanudando en Edipo el parricidio y el incesto; hoy, el origen de la nueva peste se esconde en la incertidumbre pero ¿Qué querrá desnudar o des-anudar? Diversas investigaciones en Europa sobre la destrucción de los hábitats

de diversas especies (Shah, 2020) arrojan datos alarmantes sobre la perturbación de la naturaleza y de la vida animal. Y lo anterior a causa del consumo devastador del *Sujeto* sujeto al mercado. Y como para pensar con la periodista de investigación a propósito de la incriminación animal en el origen del Covid-19: “Si bien es primordial dilucidar este misterio, este tipo de especulaciones nos impiden ver que nuestra creciente vulnerabilidad ante las pandemias tienen una causa más profunda: la destrucción acelerada de los hábitats” (Shah, 2020, p. 3)

De los hábitats y de los habitantes también.

Razón para una culpabilidad otra a la de Edipo –pero culpa al fin – del sujeto social y tema de otro fondo.

Para el sujeto individual, el virus transgrede por lo pronto, el sistema inmunitario y por tanto a la vida, a la privación de la salud como enfermedad y al sufrimiento subjetivo que produce, al contacto del otro también, etc. La enfermedad que desprende evoca la esperanza de abandonar de una vez por todas, el sufrimiento de la enfermedad y del dolor del cuerpo. Deseo humano que no se disipa al renovar la esperanza gestada profundamente desde la Edad media, es decir, de la espera milagrosa de la cura de las penas infringidas al cuerpo y al alma por la enfermedad.

Los estudios de historiadores como George Duby (1988) sobre el sufrimiento del cuerpo en la Edad Media, confirma lo que precede. Si la enfermedad en esa etapa de la historia aparecía como una prueba o un castigo infringido por la cólera de Dios, la pandemia produce en el espíritu religioso actual una reactualización vigorosa. E idénticamente, reactualizaciones pero en los mitos individuales y en el modo de ser

neurótico en épocas del Covid, alentados por el fantasma de la enfermedad que produce y consigo, de la probable muerte.

Así, el carácter de los mitos neuróticos en el relato de los síntomas, puede, como residuos o como fantasmas del deseo, constituir el soporte de esa fragilidad del sujeto frente a la angustia de la mayor castración que significa morir. En ese escenario, la función de la enfermedad tiene, freudianamente dicho, la función de acceder a un autoconocimiento, para el caso, del enigma subjetivo individual y del trágico e inevitable sufrimiento que le compete en tanto mortal.

Un agravio narcisista

La descifrada realidad de todo viviente, de cada uno en sí mismo, es para el padre íntimo que fue Freud, un agravio narcisista. De su puño y letra:

¡Mañana será incinerada nuestra pobre niña adorada! Sophie deja dos niños, uno de seis años otro de trece meses, y a un marido inconsolable que tendrá que pagar muy cara la felicidad de estos siete años. La felicidad solo existía entre ellos: guerra, invasión, lesiones, pérdida de sus bienes; pero siempre fueron valientes y optimistas (Domínguez Morano, 2000, p. 37).

Y aún, líneas después:

Trabajo todo lo que puedo y doy gracias por esta forma de distraerme. La pérdida de un hijo parece un agravio pesado, narcisista: la verdadera pena vendrá después (Domínguez Mornano, 2000, p. 38).



Son fragmentos de la carta que Freud dirigió, el 27 de enero de 1920, al pastor protestante y psicólogo Oskar Pfister, que Carlos Domínguez Morano (2000) cita en su obra dedicada al estudio entre psicoanálisis y la religión. Sophie, embarazada, había muerto a los 27 años en cuestión de cuatro o cinco días, como consecuencia de la gripe española que se esparció por el mundo durante la posguerra. Freud no pudo acompañarla en sus últimos días.

Episodios dramáticos como éste se repiten todos los días en el mundo donde no es extraño leer testimonios de trágicas despedidas marcadas por el aislamiento y la soledad. Familias son separadas de sus enfermos en la recepción de las salas de urgencia de los hospitales, con una gran zozobra por la posibilidad de que ese sea el último encuentro; no sin antes pasar por distintos hospitales e intentar, una y otra vez, encontrar un lugar disponible. Lo siguiente

es el intercambio de miradas y palabras de aliento; entonces viene la despedida con la esperanza de verse de nuevo. Muchos se recuperan y salen, mientras que otros sucumben ante la nueva gripe de principios de este siglo.

Mi padre murió la semana pasada. Morir en estos tiempos no es sencillo, no hay ritos colectivos, no hay abrazos. Además los trámites de la muerte impiden el comienzo del duelo. Y eso le pasa a millones, dice un joven en redes sociales. Y así es, morir en estos tiempos es un golpe brutal.

Y los que no enfermaron saben cuál puede ser la travesía en caso de infectarse; quedan también sacudidos tan solo por esa posibilidad. Ronda también la angustia por allegarse de distintos recursos y sobrellevar el confinamiento preventivo; la recesión económica que se avecina; un largo etcétera.



La medida preventiva que promueven los gobiernos de distintos países es el “distanciamiento social” ¡Se refieren al “distanciamiento físico”!, corrigen otros. Distanciamiento al fin. Una ruptura, al menos, temporal de los lazos establecidos. Sin duda, una vivencia de gran impacto que marcará la historia afectiva de muchos.

Otro golpe brutal es el que hemos sentido muchos, respecto a los límites de la

ciencia y la tecnología, tan idealizadas en los últimos años como fuentes perdurables de plenitud y desarrollo. Nada más separado de la realidad; ellas tienen ahora nuevos límites, los cuales deberemos aprender a aceptar como propios.

¿Y qué hacer? Historizar, se dice. Mucho se escucha en estos tiempos sobre el lugar de la historia en el devenir de los pueblos; se dice que es necesario conocer nuestra historia para no repetir los mismos errores. Ese es en boca de muchos el propósito de la

historización; un lugar común que reduce la experiencia humana en una racionalización que no deja lugar a los afectos. Sin embargo, hay otras posibilidades: una de ellas es la experiencia psicoanalítica como herramienta social donde efectivamente se da lugar a los afectos que han quedado desligados; donde el simple conocimiento de la historia no es condición suficiente para “evitar” la repetición y el sufrimiento, sino únicamente el principio de una reconstrucción.

Hoy es evidente que no es lo mismo conocer la historia y el impacto que tuvo la gripe española de 1918, que vivirla. En todo el mundo estamos viviendo muy de cerca aquella experiencia de la posguerra. Y es ahí donde la práctica psicoanalítica está más vigente que nunca, como un espacio *contra-cíclico* – en sentido opuesto al distanciamiento social – donde el sujeto puede establecer vínculos con sus vivencias subjetivas pasadas, presentes y futuras.

Habrán entonces que seguir trabajando como hizo el maestro Freud, y disponerse como vehículo para establecer los lazos que se han perdido, o romper aquellos que han resurgido en las fantasías del sujeto. Para ello, la presencia del analista será fundamental, no sólo a través de su escucha abstemia, sino de su silencio creativo y humanizante que promoverá el surgimiento de nuevas posibilidades para el sujeto deseante y demandante de amor.

En un entorno de baja o nula demanda de bienes y servicios que ha paralizado las economías,



donde se hace evidente la trascendencia del intercambio entre personas y países como eje fundamental del bienestar común, el psicoanálisis tendrá un lugar privilegiado como herramienta de acercamiento social, pues *de este mundo no podemos caernos* (Freud, 1930, p. 66).

Cuando el padecer nos habita

Del padecer o sufrimiento, Freud (1930) esclarece:

Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y a la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro; nos inclinamos a verlo como un suplemento en cierto modo superfluo, aunque acaso no sea menos inevitable ni obra de un destino menos fatal que el padecer de otro origen (p. 76).

Estas tres fuentes del sufrimiento mencionadas por Freud se hacen evidentes en estos tiempos apocalípticos de pandemia; el cuerpo propio se encuentra atravesado por la desbordante angustia que desencadena el temor al contagio, con la subyacente amenaza de muerte. El mundo exterior convertido en un peligro permanente sin tregua para la propia vida, por un enemigo invisible pero real que puede encontrarse en cualquier parte, que obliga al encierro, como si la única condición para seguir con vida, fuera deteniendo la propia vida, interrumpiendo el vínculo con

los seres humanos, se hace necesario tomar distancia de esos otros, fuente de sufrimiento, de pasiones y deseos, ahora convertidos en amenaza de muerte, el aislamiento del otro puede salvar la vida, la particularidad de lazo social no salva.

Repentinamente los humanos desaparecen del mundo, las calles multitudinarias aparecen vacías, las sofisticadas plazas comerciales están desiertas, los espacios de esparcimiento y recreo, despejados, cualquier contacto con el “otro” se evita.

¿Devendrá otra mirada del concepto del *autre* (otro)? Ese otro negado, convertido en objeto, disminuido al lugar de abyecto, tan presente en nuestra cultura contemporánea, ese otro borrado que ha perdido el estatuto de Sujeto.

Mi vida ya no es mi vida, se escucha en el discurso de pacientes, ya no desde el diván, por ahora la sesión transcurre a través del auricular o por línea, las medidas de protección han obligado a modificar la modalidad de las sesiones, el riesgo de la proximidad con el otro es inminente, esto no impide la escucha de la nostalgia, la desilusión de los proyectos interrumpidos, anhelos que quedan suspendidos, por ahora todo es incertidumbre y pánico, los duelos y pérdidas son del orden de lo cotidiano, la castración atraviesa la vida, su efecto es traumático.

Lacan muestra en *El estadio del espejo* (1949) que es a partir del otro que el yo se constituye; No sé quién soy ahora, es otro discurso recurrente no sin desconcierto y síntomas de depresión; el aislamiento enfrenta a los propios demonios con consecuencias psíquicas devastadoras.



Uno de los imperativos del neoliberalismo consiste en el deber de “ser feliz”, y la frase que reza en toda fiebre de autosuperación y misticismo es: “La felicidad está dentro de ti”, evitando agregar que ahí también se encuentra la miseria y el dolor.

El Covid 19, súbitamente ha venido a mover de lugar a la sociedad en su conjunto, aún no es posible determinar las consecuencias psíquicas, morales y sociales que atravesarán a muchos otros, como tampoco podemos y anticipar con qué Sujeto nos encontraremos en la clínica, sin embargo, ahora nos vemos cuestionando con qué psicoanálisis se enfrentará el psicoanalista ante esta nueva dimensión del mundo que habitamos. 🌐

Referencias

Domínguez, C (2000). *Psicoanálisis y Religión: diálogo interminable [Sigmund Freud y Oskar Pfister]*. Madrid: Trotta

Duby, G. (1988). *Mâle Moyen âge. De l'amour et autres essais*, Paris: Champs Flammarion.

Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. *Obras completas* (Vol. XXI, pp. 59-140), Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Hadjadj, F. [FAB LAB] (2020). Penser entre la peste et le corona, Conférences. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=nyHapDdhMf0&list=PL88I8OryzQYUAK_cgQ4hNQbW8My-rIMSB

Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como fundador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Escritos I. México, Siglo XXI Editores.

Shah. S. (2020). Contra las pandemias, la ecología. *Le Monde Diplomatique en español*,

marzo 2020, pp. 1 et 21. Recuperado de <https://mondiplo.com/contra-las-pandemias-la-ecologia>

Sófocles. *Edipo Rey*, Freeditorial, versión electrónica.

